

ENCYCLOPÉDIE DES NUISANCES

**OBSERVACIONES SOBRE LA
PARÁLISIS DE DICIEMBRE DE 1995**

París 1996

— ENCYCLOPÉDIE DES NUISANCES —

**OBSERVACIONES SOBRE
LA PARÁLISIS DE DICIEMBRE DE 1995**

PARÍS 1996

Este libelo es gratuito.

Copia, difunde y colorea.

Prólogo, traducción y notas de Miguel Amorós

Biblioteca Anarquista La Revoltosa

Alcorcón, abril 2012

bibliotecalarevoltosa@gmail.com

www.bibliotecalarevoltosa.wordpress.com

Este texto también lo puedes descargar desde la página: www.alkorconrebelde.org

CONTEXTUALIZANDO

"El gobierno se felicita de la manera correcta en la que los ciudadanos han actuado tanto en su derecho a la huelga como en el de libre circulación y el trabajo"

Cristina Díaz. Directora General de Política Interior.

"Nuestra esperanza es que el día acabe cuanto antes (...) Tenemos que arrimar el hombro entre todos; estamos en el mismo barco y el barco está andando con dificultades"

Juna Rosell. Presidente de la CEOE.

El texto que presentamos a continuación está redactado en París en 1996, tras las huelgas realizadas en Francia en diciembre del año anterior. El porqué de que lo hayamos vuelto a editar en estos precisos momentos es para provocar una reflexión colectiva más profunda a la luz de la reciente huelga general del pasado 29 de marzo.

A pesar de ser un texto expresamente redactado tras las mencionadas huelgas y en el contexto político y sindical francés, esboza una serie de observaciones extrapolables a cualquier país de la Europa comunitaria. No hay más que leer el texto y pararse a pensar en cualquiera de las huelgas realizadas en el estado español para ver todas las similitudes y paralelismos que se pueden establecer. Por esta causa, nos ha parecido interesante su reedición¹ en formato fanzine.

Las ideas planteadas en este escrito nos hacen incidir sobre el contenido, el fondo y las limitaciones que trascienden de estas movilizaciones. Resulta curioso –tal y como expone el texto y como se ha podido comprobar en más de una ocasión- que a las jornadas de huelga general les suceda un período de relativa y más o menos extensa ‘paz social’. Sobre todo, teniendo en cuenta que ese período no se corresponde necesariamente con una retirada, siquiera parcial, de los planes de reformas previstos por el gobierno, y contra los cuales se han producido dichas movilizaciones.

Es constatable que tras esta jornada de huelga la pregunta que ronda la cabeza de más de unx es: ¿y ahora qué? La solución a este dilema no responde única y exclusivamente a una cuestión de estrategia, sino también de planteamiento. El hecho de que no tengamos una noción más global de a qué nos enfrentamos ni de cómo hacerlo, nos deja a merced –como ha sucedido- a los vaivenes, a los ritmos y, en muchos casos, al discurso institucional

¹ Existe una edición del año 1997 de la Editorial Virus de Barcelona.

marcados desde la *'izquierda'*. Expresado en palabras del ferroviario francés citado al comienzo de uno de los capítulos: “(...) *hubiera hecho falta un ideal de sociedad, no lo tenemos*”.

El entusiasmo manifestado por los sindicatos tras las movilizaciones debiera hacernos pensar sobre el calado de las mismas, sobre los contenidos adoptados y sobre los tiempos de actuación, que nos han sido establecidos desde fuera. Habría que ver si las *autolimitaciones* implícitas a ese modo de obrar obedecen a una estrategia meditada o una responsabilidad mal entendida.

Entendemos que de una comprensión más profunda de éstas y otras cuestiones depende el que podamos solventar los interrogantes planteados y las carencias que podemos arrastrar. En ello estamos. La reedición de este texto sólo quiere ser una contribución a esa discusión, de tal forma que la próxima vez no seamos nosotrxs lxs que desfilemos de culo al enemigo.

Alcorcón, abril de 2012.

ENCYCLOPÉDIE DES NUISANCES

OBSERVACIONES SOBRE LA PARÁLISIS DE DICIEMBRE DE 1995.

[Prólogo, traducción y notas de Miguel Amorós]

Prólogo

El movimiento de huelgas habido en Francia en diciembre de 1995 ha sido el más comentado desde el de Mayo del 68. Sus exégetas lo calificaron de "*gran revuelta francesa contra la Europa liberal*", "*primer disparo de advertencia serio contra la avanzada de una mundialización*", "*rechazo de un modelo de sociedad basado en el economismo, el liberalismo integral, el totalitarismo de los mercados y la tiranía de la mundialización*", "*no masivo a los dictados neoliberales*", etc. Por acá nos dijeron que se trataba de "*una forma de cuestionamiento radical del hecho de ser gobernado [...] la astucia de las víctimas de la Historia*" (Jean Baudrillard en *El Mundo*, 25-12-95); y exclamaban un "*¡Ojalá hubiese un antes y un después de diciembre de 1995 en la política europea!*", como advertencia para dirigentes de que "no existe, en definitiva, una elasticidad infinita entre gobernantes y gobernados, entre el Príncipe y el pueblo, sin riesgo de que se fracture la esencia del sistema" (Joaquín Estefanía, en *La Nueva Economía. La Globalización*). La cronología de los sucesos es la siguiente: El 15 de noviembre, el primer ministro Juppé presenta a la Asamblea Nacional un plan de reforma de la seguridad social que cuestiona los regímenes especiales de jubilación de los funcionarios y desplaza a los sindicatos del control de los fondos de la Seguridad Social. Ello viene a sumarse a la negociación de un "contrato de plan" entre el Estado y los sindicatos de ferroviarios que pretende paliar el déficit de la SNCF —la RENFE francesa— a cambio de productividad. Dos de las tres grandes centrales — Force Ouvrière y Confédération Générale du Travail— se declaran en contra. El 23 de noviembre entran en huelga los ferroviarios; el 24 y el 28 tienen lugar las primeras manifestaciones de funcionarios. El 28 de noviembre la huelga se extiende al metro y el autobús; el 30 es el turno de los empleados del gas y la electricidad. El Gobierno espera que el resto de trabajadores se vuelvan contra los huelguistas y que éstos, ante la impopularidad de su acción, cedan y vuelvan al trabajo. Los sindicatos, por su parte, llaman a la huelga general. Los obreros de las empresas privadas sólo paran para asistir a las manifestaciones y, aunque pasivos, contemplan la huelga con simpatía. El fenómeno es bautizado por la prensa como huelga

"por poderes". El 5 de diciembre, 250 manifestaciones recorren todo el país; el 7 son ya 320, con más de un millón de personas en las calles. El día 10, el primer ministro Juppé anuncia la retirada de todos los planes y la convocatoria de la "cumbre social" pedida por los sindicatos para el día 21. Pero las manifestaciones continúan: el 12 de diciembre hay un millón de manifestantes en las calles de 270 ciudades. Los sindicatos proclaman el fin de la huelga que, efectivamente, acaba el día 18, aunque en el sur de Francia durará todavía otra semana. Llama la atención tanto elogioso redoble por la huelga, tantas plumas desvelando el profundo significado de la misma y tantas voces mediáticas declamando sus razones frente a un movimiento que apenas dijo algo de sí mismo y nada dejó tras de sí. El texto aquí traducido de la Encyclopédie des Nuisances analiza el desarrollo de la huelga y sus consecuencias desde el lado opuesto al ilusionismo imperante, sospechoso de estar al servicio del orden. Constata el sentimiento general de derrota que dejó tamaña victoria y la casi insultante normalidad que siguió al último día de lucha, sin el menor signo que indicara, al nivel que fuere, la aparición de una conciencia colectiva de la realidad del mundo al que se combatía. Renunciando a sacar conclusiones que les empujasen más lejos de donde querían llegar, los huelguistas hubieron de contentarse con simulacros, estando a la vez en misa y repicando, y terminar auto complaciéndose en un movimiento convertido en parodia por no haber querido ser serio. El paralelismo con el caso español se impone a poco que recordemos las huelgas generales mediáticas del 14 de diciembre de 1988, del 27 de enero de 1994 y del 11 de diciembre de 1996, verdaderos sainetes laborales en donde obreros, sindicalistas, empresarios y gobernantes interpretaron en clave de comedia un papel que no se creían. Fueron huelgas generales precisamente porque tenían poco de huelga y mucho de domingo; obreros y funcionarios demostraron simplemente su civismo, su obediencia a las consignas, su capacidad de orden, su respeto por todo, su entusiasmo de adolescente coreando pareados, su poco peligro de tropa que desfila de culo al enemigo. ¿Cómo iban a impresionar a nadie? Que el plan de empleo juvenil o la reforma del mercado laboral siguieran adelante y que el funcionario continuara con su sueldo congelado era de esperar, pero resulta más inquietante que a las neohuelgas generales siguieran períodos de intensa paz social: la combatividad de la clase obrera se había esfumado, sublimada de puro teatro en vulgar coartada sindical con la que los sindicatos negociaban su mejor institucionalización y financiación. La peculiaridad española reside en el hecho de que aquéllos fueron fundados cuando ya existía lo que después se ha llamado "Estado del bienestar", cuyas bases fueron establecidas en la etapa desarrollista del franquismo. Su primera etapa fue combatir al movimiento obrero asambleario (1975-79) e imponer a los trabajadores el nuevo marco laboral negociado con la patronal y el

Gobierno, desactivando así su acción autónoma y facilitando la "transición política" primero, y la "transición económica" después, o sea, el paso de un capitalismo todavía nacional, subsidiario de la gran banca y del Estado, a un capitalismo internacional, sometido por completo a las leyes del mercado, sin trabas estatales de ningún tipo. Dicha transición ha sido su mejor obra: parar el movimiento huelguístico de resistencia a la reconversión industrial allá por los ochenta, y asegurar la menor oposición a los reajustes económicos y a las reestructuraciones de sectores en crisis, que por otra parte les servían de financiación, pues cobraban de las empresas con las que pactaban despidos y, en algunos casos, de los obreros para los que negociaban indemnizaciones. Desde el principio, los sindicatos han sido burocracias corporativas, dependientes económicamente de la Administración y el Estado pero sin formar parte de ellos (por ejemplo, a través de un Consejo Económico y Social, "punto de convergencia entre el obrero y el patrón", como diría un felipista, que dictaminase sobre política económica y salarios), frustrándose a la vez sus aspiraciones políticas y sus finanzas. Por eso todas sus protestas han ido dirigidas contra el Estado. De ahí su desinterés por los trabajadores parados o en precario y sus buenas relaciones con las patronales, con las que negociaron a lo largo de 1995 un acuerdo de mediación obligatoria ante las huelgas y de solución extrajudicial de conflictos, y con las que ahora negocian un abaratamiento del despido a cambio de un tipo de contrato laboral de media duración, como buenos interlocutores únicos que son en los tratos a la baja de los derechos laborales y del mercado del trabajo.

El proletariado clásico se disuelve, primero con la expansión de los "servicios" y después con los adelantos tecnológicos, perdiendo su papel estratégico en la producción —automatización del proceso productivo, desplazamiento de los obreros hacia la periferia de la producción, paro tecnológico— y su importancia política e histórica. Es un sector en fase de liquidación, desapareciendo a medida que avanza la globalización de la economía y la generalización de la condición de asalariado. Desahuciado por los políticos, que tratan de echar mano a sus pensiones, asocia su supervivencia a la de los sindicatos y a la de un Estado "social", resultado general de las luchas sociales del período precedente del capitalismo y al que los agentes de la mundialización de la economía tratan de poner fin. Junto con el resto de perdedores del proceso —el núcleo central de las clases medias urbanas, los funcionarios y empleados, y los agentes de las economías locales en retroceso, principalmente agricultores y pequeños empresarios— forman la base social de una de las dos fracciones en que se halla dividido el partido del orden: la de los partidarios de la intervención estatal en el mercado, llámese capitalismo "razonable", "socialismo de mercado" o "Estado del bienestar". Es

el partido de la estatalización, en el que militan, en plena confusión, viejos socialdemócratas ortodoxos y nacionalistas, residuos estalinistas y neofascistas, humanitarios de ONGs y ecologistas. La fracción opuesta, evidentemente, la componen los partidarios de la mundialización sin trabas, de la economía sin control. Es el partido de la globalización, en el que luchan las nuevas élites llamadas por la sociología americana de "analistas simbólicos", los dirigentes financieros y empresariales, los políticos y expertos de élite, en general, las clases emergentes ligadas al conocimiento, la información y el "dinero nuevo". Dichas élites quieren un Estado mínimo, de bajo coste, de reducida fiscalidad; son cosmopolitas porque *"el dinero ha perdido sus vínculos con la nacionalidad"* y ellas *"sólo se sienten en casa cuando están de tránsito"* (Christopher Lasch, La rebelión de las élites). La fractura política y social del partido del orden está lejos de derivar en enfrentamiento serio; antes bien, su papel es el de impedir que una dislocación social pueda tener lugar, integrando la protesta. Precisamente, las seudoluchas actuales, sean contra las nuevas condiciones de trabajo o de vida, escenifican una falsa confrontación que, en la hora actual, en plena catástrofe de la conciencia, es ampliamente seguida por la población.

Marzo de 1997.

"No debemos dejar de callarnos, más que cuando tenemos algo que decir que vale más que el silencio."

ABBÉ DINOUART, *El Arte de callarse.*

"Pero ciertamente no faltamos a nadie el respeto al rogar simplemente a los hombres que miren y juzguen cuando menos por los acontecimientos, si se empeñan en rechazar cualquier otra clase de instrucción."

**JOSEPH DE MAISTRE,
*Ensayo sobre el principio generador de las constituciones políticas.***

I. Volatilización

"Me pregunto si, finalmente no nos han llevado al huerto, si esta huelga no ha sido un timo (...). Hubiera hecho falta un ideal de sociedad, no lo tenemos."

**Un ferroviario de la Gare du Nord,
citado por Libération, 23 de enero de 1996**

Tras hincharse como un soufflé de euforia unanimista, "el movimiento social más importante desde Mayo del 68" se desinfló de igual manera, sin dejar tras él siquiera un resto tangible; y conste que no nos referimos a conquistas sociales en sentido sindical, sino a trazas perceptibles de una conciencia más lúcida del estado real del mundo y de la vida. Después del 68, Aron¹ habló de "revolución inhallable", mofándose de aquel movimiento que no consiguió cambiar las instituciones existentes, y citaba en exergo de su libro la descripción irónica de las quimeras revolucionarias de los Recuerdos de Tocqueville: *"Uno pretendía destruir la desigualdad de fortunas, otro, la desigualdad de luces, un tercero emprendía la nivelación de la desigualdad más antigua, la del hombre y la mujer"*... Sin embargo, fueron necesarios unos cuantos años para erradicar y corromper las ideas de libertad que allí se encontraron y reconocieron comunes. Pasado diciembre del 95, podríamos hablar de revolución "hallada" — ya hecha—, puesto que su programa, fines y sentido han sido formulados por todos los especialistas de lo "social", y a los propios protagonistas no les queda por hacer sino representar el papel que tenían asignado y, una vez la pieza acabada, volver a casa tan aprisa como se dispersaban las manifestaciones al finalizar su recorrido. Y de tan buen grado cuanto que recitar un papel escrito por otros nada tiene de emocionante; si bien es cierto que tampoco habían probado a escribirlo ellos mismos. Al día siguiente de la vuelta al trabajo, no había nada que indicase que algo había realmente ocurrido. Un viajero que volviese a Francia después de unas semanas de ausencia nada hubiera sospechado de tan "vasta revuelta contra la modernización" apenas extinguida; y ciertamente, las fisonomías de los asalariados-transportados no testimoniaban, ni mucho ni poco, la respiración de aquella famosa "bocanada de oxígeno" ni el haber gritado con fuerza su desesperación y su protesta a la faz del mundo. Por la sencilla razón de que nada de ello había pasado, aparte de las polémicas de sociólogos y

² *Raymond Aron 1905-1983). Sociólogo, intelectual liberal, pensador de la derecha ilustrada (profesor en el Collège de France, editorialista de Le Figaro, etc... Durante mucho tiempo fue en Francia el opuesto simétrico del intelect "progresista" tipo Sartre. Su libro La Revolution introuvable, al que alude el texto, recoge sus artículos en Le Figaro de mayo y junio de 1968. En España, sólo recientemente los pensadores de la derecha han dejado de ser católicos y autoritarios, y la reivindicación de las figuras de Azaña o de Ortega es una prueba de la nueva orientación laica y liberal con la que un Julián Marías se miraría ante un Aranguren.*

economistas de los periódicos; la falsa conciencia parecía tan intacta como el propio Estado, bajo la enorme fatalidad del mundo tal como es. Sin embargo, la misma extrañeza de aquella impresión de "como si nada hubiese..." atestiguaba para cada cual que la cosa ya no era como antes, que algo había pasado; pero ¿qué?

Curiosamente, este movimiento social imprevisto, aunque afirmase salir victorioso en sus reivindicaciones, al cabo de unos días de volatilizarse, dejó una impresión de fracaso, de derrota incluso. En cambio, quienes habían tenido que ceder aparecían como vencedores. Y, en efecto, lo eran: para los demás, la congoja de las ocasiones fallidas, de no haberse podido formular entonces las obsesiones comunes a todos. En lo sucesivo, una cosa quedaba clara para todo el mundo: que ya no habría "salida a la crisis"; que la crisis económica, la depresión, el paro, la precariedad de todo, etc., se habían convertido en el modo de funcionamiento de la economía planetarizada, que así sería cada vez más; que ya no quedaba otra elección que adaptarse y, de entrada, resignarse. Nada pues había cambiado: las olas turbias y fatales del curso económico de las cosas continuaban arrastrándonos hacia no se sabe qué vertederos, con la necesidad como único horizonte para cada cual de reproducir día a día su existencia material. Pero la novedad residía en que nadie pudiera disimulárselo: que cada cual tuviera que confesarse su miedo y su desaliento, su incredulidad ante la vieja promesa de que todo acabaría por arreglarse, de que la fatiga y las angustias de una vida estrecha siempre constreñida tendrían un día su recompensa, al menos la de una jubilación tranquila. Así que todo seguía igual, aunque nada fuera como antes; era todavía más como antes, puesto que había de menos la ilusión de un después.

En una época que impregna de tal desencanto su porvenir el profetismo revolucionario sonaría desesperadamente vacío; por lo demás, como no se trate de izquierdistas momificados, nadie tiene ganas de vaticinar acerca de las grandiosas perspectivas históricas que se abren ante nosotros, por la sencilla razón de que son todo menos grandiosas. El profetismo, con su tono oracular de infalibilidad científica, siempre ha sido el lado más débil de la crítica social; la dureza de la época ha dado cuenta tanto de él como de la ingenua creencia en el carácter emancipador del progreso técnico, y mejor así. Como dijo un dialéctico en otros tiempos sombríos: la teoría que lo espera todo de los hombres y de sus acciones no profetiza. Pero precisamente porque hoy es de una inconveniencia total hablar en nombre del porvenir, resulta todavía más necesario saber lo que se quiere y decirlo: en nombre de qué concepción de la vida, por qué forma de vida en sociedad alguien se bate. Sobre eso se jugó en diciembre lo esencial, y seguirá jugándose cada vez que una protesta colectiva

trate de superar la desmoralización y el aislamiento que encierran a cada uno en su miseria privada.

Si decimos, como el ferroviario citado al comienzo, que faltó un "ideal de sociedad", un marxista ortodoxo salido del congelador al punto despachará la cita usual de que *para realizar su propia emancipación y con ella esa forma de vida superior hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propia estructura económica, la clase obrera no tiene que realizar ningún ideal, sino solamente liberar los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno*. Esta tranquila concepción de la revolución como parto — ciega a todo lo que un siglo de historia ha demostrado rudamente desde Marx, a saber, que la sociedad de mercado³ no estaba embarazada más que de sí misma, y que hacia donde tendía "por su propia estructura económica" no era por cierto a una forma de vida superior — ha sido retomada con mayor legitimidad por los iluminados de la emancipación asistida por ordenador, estilo de Rosnay⁴, mejor autorizados para profetizar la sociedad nueva que lleva en su seno aquella en la cual vegetamos y la superación, mediante el advenimiento de la New Age cibernética, de todas las contradicciones en las que se ha encenagado la irracionalidad de mercado.

12

Querer conservar la producción actual suprimiendo las relaciones de mercado o conservar las relaciones de mercado, aunque atemperadas, mediante una selección de "buenos productos" o de "buenas actividades", eso sí que son idilios siniestros tanto como absurdos: en verdad no es eso lo que va a representarse en la escena de una naturaleza dilapidada, envenenada por las químicas de la prosperidad industrial, agotada por la inundación humana. "Nada será igual que antes", en efecto, porque hemos entrado en la era, que quizás no sea muy larga, de la supervivencia en un medio extremo, donde unas condiciones enteramente inéditas e imprevisibles impondrán, junto con la colectivización de la supervivencia, nuevas coerciones. El mundo que

³ La traducción de "*société marchande*" sería la de "*sociedad mercantil*", en el sentido de sociedad sometida a las leyes de la mercancía, de la que la sociedad "*de mercado*" sería sólo un caso particular. Hemos preferido "*de mercado*" o "*mercantil*" a causa de la excesiva connotación de "*comercial*" de esta última, palabra, cosa que oscurece el verdadero significado de "*société marchande*".

⁴ Joël de Rosnay. Ferviente partidario del viejo mundo cibernético, habiendo estado — evidentemente — en el MIT (Massachusetts Institute of Technology), hoy en día es director de desarrollo y de relaciones internacionales de la Cité des Sciences, engendro del Estado francés en el que se puede apreciar por contraste la impotencia del hombre frente a las monstruosidades de la técnica vuelta autónoma. En su último libro, *L'Homme Symbiotique*, Rosnay describe con entusiasmo el advenimiento del nuevo ser colectivo: el "*cybionite*", fusión de hombre, máquina e información, "con su cerebro planetario embrionario (la red pensante)".

tenemos ante nuestros ojos es el de todos los progresos de la razón de mercado. Y el fanático Sorman⁵ tiene razón cuando proclama que el progreso está de su parte: desde hace dos siglos, esa clase de gente es quien lo hace. Ciertamente que, cuando añade que gracias a las modernizaciones en curso "la suerte de los franceses aún puede mejorarse", la ironía es involuntaria; una ironía que resulta bastante atroz no sólo por declarar ya satisfactoria nuestra suerte, sino más todavía si pensamos por ejemplo en el progreso de los cánceres de piel causados por la depleción⁶ de la capa de ozono.

⁵ *Guy Sorman. Periodista, propagandista del ultraliberalismo.*

⁶ *Depleción.- Disminución de la cantidad de fluido en un organismo o una estructura física que lo contiene.*

II. Mundialización

"Los intereses y los recuerdos que nacen de las costumbres locales contienen un germen de resistencia que la autoridad sufre a disgusto y se afana por erradicar. Ella da buena cuenta de los individuos; sin esfuerzo, les pasa por encima con su enorme peso como por la arena."

Benjamin Constant, Del espíritu de conquista y de usurpación, capítulo "De la uniformidad"

Las reformas que fueron causa de esta agitación por otro lado tenían como objeto notificar a la población el carácter ineluctable del estadio "mundial" de la modernización económica en el siglo XXI. Sucediendo al estadio "francés" de principios de los ochenta y al "europeo", unos años más tarde, siempre con el pretexto de seguir en carrera, en realidad confiesan que la economía se ha vuelto incontrolable, que va a su aire. Pero las contiendas de los especialistas de lo social y de los expertos financieros han vuelto inaudible esta simple evidencia; los unos, llamando a la población a resistir para salvar el statu quo y obligados en consecuencia a mentir sobre la economía para no haber de criticarla como tal; mientras que los otros a los cuales favorece la evidencia, no quieren ni decirla ni verdaderamente pensarla, invocando más bien el sentido de la historia y exhortando a la población a lanzarse en esta guerra que de todos modos barrerá las "costumbres locales" de la vida ordinaria. A través de todas esas intimidaciones y amenazas se instala el miedo como medio, muy pronto exclusivo, de gobierno. La economía mundializada es una fuerza que impone a todos, un poco como la energía nuclear, con sus estragos planificados, el tiempo irreversible de la catástrofe, la "cuenta atrás", y sólo deja para discutir los plazos, paliativos y vencimientos.

"Con un batiburrillo de arcaísmos de toda clase, el millón que desfila exhibe su reclusa ante el mundo moderno, el miedo a la sociedad liberal que sienta sus bases en todo el mundo. Ésta todavía no ha implantado en Francia su cultura de hombres libres y adultos" (Le Point, 16 de diciembre de 1995). En igual tono se trató también de "primera revuelta contra la mundialización" e incluso de "revolución antimoderna". Así, los partidarios de la modernización de mercado, al publicar sus temores —pues a no dudarlo, hay veces que se asombran de la facilidad con que al fin todo esto pasa— han dicho mucho más acerca del contenido latente de este movimiento que lo que él mismo ha llegado a manifestar. Aparte del sentimiento vago de todo aquello echado a perder, sentimiento general que flotó alrededor de la huelga como un aura, nada fue dicho con claridad y, por supuesto, no se hizo crítica alguna de la vida moderna. Todo lo que hubiera podido servir de punto de apoyo para oponerse de verdad a la "lógica económica" —de acuerdo con la ocurrencia según la cual un pueblo, para rebelarse, ha de ser conservador, pues al menos

ha de haber conservado las razones para rebelarse— todo aquello, ha sido insidiosamente arruinado. ¿Qué es lo que queda por defender? Según el profesor Bourdieu⁷, "la civilización del servicio público"; y nos la detallan de la siguiente manera: "Europa ha inventado el Estado-providencia. Como en ningún otro lugar del mundo, los ciudadanos de los Quince gozan de un régimen de pensiones para la vejez, de seguros contra la enfermedad, de ayudas familiares, de indemnizaciones por paro, junto con unas disposiciones que fijan el derecho laboral. Este arsenal de garantías socioeconómicas, conquistadas por el movimiento obrero, constituye el corazón de la civilización europea moderna" (*Le Monde diplomatique*, enero de 1996). Desde luego hace falta ser automovilista de izquierdas para figurarse un siglo XXI que todavía fuese el viejo mundo del progreso perpetuo, en donde una socialdemocracia cruzada de ecologismo y de teleparticipación salvase esta "civilización del servicio público" de las garras de la producción total; dentro de la cual, con los logros sociales adaptados a la era del teletrabajo, la fortaleza Europa permaneciese como el faro luminoso de los derechos del hombre y del asalariado en la noche confusa del resto del mundo, etc.

En verdad, hay que ser marxista del Collège de France⁸ para ignorar que la mercancía es por esencia, en tanto que relación social, aniquilación de toda particularidad cualitativa y singularidad local en provecho de la universalidad abstracta del mercado. Si aceptamos la mercancía, tenemos que aceptar su devenir mundo, del cual cada mercancía particular es un agente, incluso antes de ser fabricada en Taiwán. Por supuesto que, para que entren en juego los valores dinámicos del comercio integral, es necesario un mundo "abierto"; abierto a la infinitud del esfuerzo económico que siempre empieza de nuevo; abierto también a la cooptación, a cualquier nivel jerárquico, de quienes muestren rasgos de afinidad marcados con la clase dirigente, a saber: nihilismo, falta de imaginación, pasión por el conformismo y frialdad típica de los caracteres sádicos. A la inversa, los recalcitrantes irán a reunirse con el desecho de los excedentarios y retrasados en las mazmorras del infraconsumo y del vagabundeo más o menos asistido. "En los Ángeles, el turbocapitalismo ha destruido totalmente la estructura familiar. No recibiréis ayuda ni de vuestro hermano. Pero la economía es dinámica y las oportunidades de

⁷ Pierre Bourdieu. Sociólogo izquierdizante, marxista universitario, profesor en el Collège de France desde 1981, que ambiciona encarnar la nueva figura del "intelectual crítico" y que se declaró a favor de los huelguistas de diciembre. Una figura semejante, en España, podría componerse con el difunto Manuel Sacristán y un toque de Antonio Gala.

⁸ Collège de France. Esta institución, la más antigua de la enseñanza superior de Francia (fundada por Francisco I) ha sabido modernizarse dejando sitio a "casi todos los heréticos consagrados de la segunda mitad del siglo", (Bourdieu dixit).

empleo, numerosas" (*Edward Luttwak, Croissance*, abril del 95). En cuanto a la mayoría de la gente, ha de acostumbrarse a verse tal como la economía la ve: como material humano. Eso es lo que descubren cuantos escapan a los planes de reestructuración: su prórroga es una contingencia provisional. La gente sabe que es intercambiable, que nadie está a cubierto; un puesto de trabajo de alto valor añadido puede ser reemplazado de un día para otro por un programa informático. Ninguna "medida de acompañamiento" podrá paliar ese movimiento de la economía emancipada. Todos temen murmurar, acunar malos pensamientos, mostrar reticencias de cara a la vida sometida al mercado; eso es atraer la venganza del Espíritu del mundo. Y por eso, la gente se rodea de fetiches técnicos con los que cumple sus deberes devotos, a fin de demostrar su fe sincera en esa fuerza invisible, aunque muy visible; a fin de participar en la grandeza y en el poderío de la colectividad. Cree que asegura su protección cuando se deja absorber, cuando se funde miméticamente en el anonimato de la colectividad administrada, cuya supervivencia sabe que la dominación asegurará a grandes rasgos, ya que es esa masa la que posibilita su existencia: de resultas, la propia servidumbre surge como una protección mágica. Pero tal seguridad no será sino una adaptación todavía más profunda a la inseguridad de la vida artificial.

"Los Estados y las diversas fuerzas de la contrarrevolución, en lo que a ellos respecta, como siempre, no tenían necesidad alguna de comprender todo el alcance histórico de sus acciones y hallaban fácilmente el contenido y la materia de su actividad en su amenazada situación: les bastaba con ultimar, presionados por la contestación, lo que empezaron en la euforia de la paz social, y todas las tareas represivas particulares confluían espontáneamente en la empresa de someter el conjunto de la vida a los imperativos de la economía desarrollándose por sí misma. (...) Por el contrario, el movimiento social que conducía al proletariado a combatir su miseria modernizada y a restablecer su perdida historia no podía extraer su coherencia más que de la conciencia de su proyecto" ("Historia de diez años", Encyclopédie des Nuisances, n°2, febrero de 1985).⁹

⁹ *Encyclopédie des Nuisances. Publicación de la cual aparecieron quince números, entre noviembre de 1984 y abril de 1992. Pretendía "mostrar concretamente cómo la sociedad de clases contiene (recela y rechaza) la posibilidad histórica de su superación, y cómo su lucha contra esta amenaza la conduce a los peores excesos en la nocividad". Para ello, había que exponer "cómo cada una de las especializaciones profesionales que componen la actividad social permitida aporta su contribución a la degradación general de las condiciones de existencia"; también "la unidad de la producción de efectos nocivos —nuisances—, como desarrollo autoritario cuya arbitrariedad es la imagen invertida y de pesadilla de la libertad posible de nuestra época"; e indicar, allá donde puedan discernirse, las vías de superación de la parálisis histórica que las clases propietarias sueñan en volver irreversible atosigándola de prótesis". Así se imponía como objetivo establecer "lo que ha llegado a ser en manos de sus gestores aquello que apenas osan seguir llamando la vida humana, cuando le falta tanto la vida*

Cuando las decisiones que conciernen a los asalariados y las condiciones de trabajo vienen dictadas por la "presión competitiva mundial", en todas partes han de caer las protecciones sociales y los estatus adquiridos, que a los ojos de los flujos mercantiles no son más que "rigideces". En el caso de Francia hubo que pagar más y durante más tiempo, para comprar la sumisión: pero, a partir de ahora, ese precio el capitalismo ya no puede — si quiere seguir siendo competitivo en el mercado mundial— ni quiere pagarlo, porque ya no hay amenaza de subversión proletaria que le obligue. Los sindicatos, cogestores de la protección social, se enteraron el 15 de noviembre de que los días de gloria habían terminado y de que, para poner a salvo una parte de sus prebendas y tráficos de influencia, tenían que volver a ganar en el tajo los galones de interlocutores representativos. En consecuencia, lanzaron la huelga en el sector público y, aunque su duración, extensión e iniciativas más subversivas (por ejemplo, las bajadas salvajes de tarifas del consumo eléctrico) fueron obra de la base, conservaron el control hasta las negociaciones, la "suspensión" final y la farsa de la "cumbre social".

La convergencia inicial de intereses defensivos entre las burocracias sindicales y la base de huelguistas solamente podía ser puesta en entredicho por la emergencia de un nuevo contenido de la protesta. Pero la ocasión ofrecida a la insatisfacción latente no provocó la cristalización de una conciencia colectiva del estado real del mundo; la captación del mundo tal como sería, una vez caídas las defensas sociales heredadas de una época anterior, ha impedido ver lo que ya era verdaderamente y en lo que hemos dejado que se convirtiese. Esta "modernización" se dio a conocer por lo que también es, o sea, el final lógico de una desposesión que cada cual prefería creer confortable. Y el empobrecimiento general de la vida por culpa de la economía no fue percibido más que como estricta pauperización en el interior de la economía no criticada. Ya, en el curso de luchas semejantes de años precedentes, la novedad aparente de los modos de organización extrasindicales no había conseguido disimular —salvo ante izquierdistas con el reloj parado— el silencio desesperante de lo absurdo e inhumano de las actividades que así se defendían, a veces con violencia. O ¿es que entonces alguien escuchó siquiera una vez que unas enfermeras se enfrentasen con la medicina científica, o unos camioneros con el crecimiento demencial de los intercambios mercantiles, o a pescadores denunciando el saqueo del que son a la vez víctimas y agentes? ¿O a los empleados del transporte aéreo criticando

el flujo de la economía mundializada que obstruye el cielo con tanto gerente con prisas y tanto turismo de masas? Y además, en las huelgas de diciembre, ¿acaso se habló de la emoción especial que tiene el pasar por una central nuclear a trescientos por hora? La lucha defensiva que no se atribuye explícitamente la tarea de dar un sentido superior a lo que se supone que defiende (la seguridad o la salud, por ejemplo) vuelve lamentablemente a sus límites iniciales y se transforma en ofensa a lo que pudo haber sido y no fue. Por consiguiente, la limitación de las formas de la lucha —con inocente astucia, numerosos huelguistas estaban convencidos de que utilizaban a los sindicatos y que los llevaban a donde querían, aunque sucedió todo lo contrario— ha conducido, finalmente, a la limitación de su contenido.

III. Autolimitación

«Olvidamos que, para que una revolución tenga éxito sin derramamiento de sangre, no puede, de antemano, dejar de lado ese riesgo, porque el adversario no lo hace. El riesgo admitido constituye su piedra de toque, su verdad, no deseable pero inscrita en el conflicto.»

Gustav Herling, Diario escrito por la noche.

Ante la modernización que impone la mercancía, los pobres no son capaces de pensar y de soñar la vida si no es en los términos que dicta la economía. Luchan contra lo que les parece excesivo, cuando, básicamente, la economía moderna es el exceso realizado; por lo pronto, prefieren el horror "a cubierto" —ante la difusión complaciente de la imagen de los "sin hogar ni lugar"— al peligro de la lucha. La extraña impresión de "falta de realidad" dada por la huelga ha sido debida al hecho de que "al paralizar el país", como dicen los periódicos, también ella se paralizó ante aquello adonde su propia existencia le llevaba: el movimiento de huelgas y manifestaciones no avanzó gracias al empuje de lo que acababa de hacer —imponer una parada a la rutina de la fuga hacia delante— al contrario, se petrificó en una movilización estancada, quedando más y más exangüe, vacío de cualquier contenido propio, mantenido en vida aparente por las transfusiones sindicales y mediáticas. Se pueden dar un montón de explicaciones psicológicas a esta especie de escaqueo frente a las consecuencias de lo emprendido. Que la gente teme comprometer (si va "demasiado lejos") el relativo confort que aún asegura el refugio europeo, cuando tantos malos vientos recorren el planeta; que la determinación y el ánimo están secretamente minados por la íntima convicción de que ya es demasiado tarde, la suerte está echada, a lo hecho pecho, etc. Pero sobre todo, lo que de verdad frena a la gente es precisamente el horror a un mundo sin ningún tipo de garantías, ese mismo horror que incita a la defensa de las antiguas protecciones sociales en liquidación, pero que, cuando se vuelve protesta colectiva parece que, instalando el conflicto, precipita la llegada de lo que teme. Nadie se ha enfrentado jamás a la dominación sin verse de algún modo forzado a llegar rápidamente al meollo de sus razones. Pero hoy en día, cualquier tentativa de oposición acaba tan enredada en el conjunto de connivencias mantenidas con el mundo moderno que no puede alcanzar la situación de ruptura y conflicto abierto que permita y vuelva necesaria tal clarificación. Los chantajes de la dominación funcionan tanto mejor cuanto que se han convertido en madre nodriza y protectora: los ciudadanos hacen la compra en sus almacenes gigantes; si no, de qué comeríamos, y sin ella, cómo nos abasteceríamos y todo lo demás. Para el individuo integrado, la posesión de una "subjetividad" particular es la ilusión

que necesita la intensificación de su desposesión en la producción y en el consumo. La subjetividad con la que se identifica no le pertenece, es de la organización social que de alguna manera la ha producido y equipado; por esta razón, le es difícil concebir una existencia desprovista de las mercancías, coacciones y opiniones que han formado su vida consciente y constituyen su contenido. Tanto la reflexión crítica individual como un movimiento social de oposición tropiezan con ese límite. La voluntad de rebasarlo significa salir del recinto de un mundo administrado, fuera, en donde nadie te guíe, sin garantías de ninguna clase, donde cada uno asuma en persona las consecuencias de la insumisión. Si eso no sucede, es la hora de la negociación. La particularidad de nuestra época reside precisamente en eso: antaño, el poder, consciente de la amenaza revolucionaria constituida por los proletarios, por entonces portadores de un proyecto de vida mejor y teniendo al alcance de la mano los medios de llevarlo a cabo, hacía todo lo que podía con tal de impedir que una lucha alcanzara su punto de clarificación; pero obrando así ayudaba a alcanzarlo, ya que su acción represiva trazaba campos irreconciliables. Hoy, por decirlo de algún modo, el poder puede permitir que la revuelta, de tan cruelmente privada de ideas y medios como está, vaya tirando a fin de que el abatimiento, ante la inmensidad del esfuerzo necesario para dar consistencia a la protesta, haga su trabajo. Cuando hablamos del poder, incluimos a los sindicatos. A propósito de éstos, en el transcurso de las huelgas de diciembre, se pudo percibir cómo lograron impedir la emergencia de una autoorganización de los huelguistas, en forma de coordinadoras, disfrazándose ellos mismos de coordinadoras, es decir, guardando las formas democráticas en la realización de su trabajo de regimentación.

Pero la simple constatación del hecho cobra sentido para todo el que ve, en esta revuelta abortada, una especie de radiografía del estado de las conciencias, puesto que los sindicatos han podido jugar a las coordinadoras con total impunidad, ya que no han de temer demasiado que las formas democráticas (asambleas generales cotidianas, etc.) sean dotadas por la base de un contenido subversivo; las jerarquías sindicales dejaron que los neosindicalistas de base se relamieran con la democracia obrera y el asambleísmo, convencidas de que, a fin de cuentas, conservarían el control de la conclusión, tras tanto debate sin concluir.

Uno de los principales resultados contrarrevolucionarios de la penetración en profundidad de las ilusiones modernas es que las discusiones entre quienes tratan de impugnar su suerte terminan por asemejarse bastante a la caricatura de la discusión que los reaccionarios han hecho siempre: chácharas interminables sin relación con la realidad, etc. Los huelguistas,

únicamente armados de buenas intenciones, han tropezado pronto con esa enorme dificultad, una especie de problema insoluble: reinventar, gracias al combate, las facultades sin las cuales ni siquiera hay combate. Dichas facultades, en las que habían de apoyarse si querían ir más lejos —gusto de la libertad, sentido del tiempo y memoria, coraje de la posición minoritaria— han sido tan perfectamente suplantadas por sus correspondientes sucedáneos —aventura paródica, búsqueda frenética del instante y de su consumo emocional, fetichismo de la "diferencia"— que casi nadie las ha echado en falta.

El retorno al redil sindical, más ignorado o negado mágicamente que realmente abandonado, tuvo lugar con tanta más facilidad cuanto que, una vez inhibido el contenido latente del movimiento, el contenido de sustitución ("retirada del plan Juppé") y la puesta en escena sindical-mediática del enfrentamiento se imponían como la única expresión de la insatisfacción, en la autocontemplación de una fuerza reducida a su desfile repetitivo, del estilo "récord de asistencia" tanpreciado por toda clase de mercaderes. Todo iba a parar en simulacro, en ese tipo de imágenes que permiten la coexistencia de las satisfacciones más contradictorias, puesto que ninguna es lo bastante real como para descartar a las demás: la aventura y la seguridad, etc.; en ese caso, todos podían sentirse seguros con las negociaciones (permanecerían "a cubierto") y excitarse con los signos exteriores de la determinación belicosa — los residuos que podían quedar de callada aflicción hallaban su compensación psicológica en el aplazamiento de aquello que no se supo hacer ("volveremos en enero"). La facilidad con que el timo le ha satisfecho ilustra hasta qué punto este presunto movimiento "antimoderno" estaba lejos de serlo.

IV. Virtualización

"El papel de una publicación revolucionaria consiste no solo en darles la razón a los insurrectos de Los Ángeles, sino en contribuir a darles sus razones, en explicar teóricamente la verdad, la búsqueda de la cual viene aquí expresada por la acción práctica."

**"El declive y la Caída de la economía espectacular de mercado",
Internationale Situationniste, n° 10, marzo de 1996**

Tanto en este caso como en muchos otros, se puede *dar la vuelta* a unos métodos revolucionarios: aun cuando, en otro tiempo, el poder aislaba a los extremistas y separaba a los alborotadores manteniendo artificialmente la puja, por esta vez, las tentativas en ese sentido fallaron, ya se trataba de manifestaciones de usuarios descontentos o de sempiternos "desbordamientos", bien canalizados al objeto de ser programados en las informaciones televisadas de la tarde; y a no más tardar fue organizada —en la convergencia espontánea de todas las falsas conciencias— la popularidad de la huelga, cuyas mejores razones vengan rápidamente dadas por los ilusionistas de los medios de comunicación. Y en un tono natural, tanto más eficaz cuanto que de buena fe: precisamente porque vienen de esa inmensa clase media que constituye el grueso de la población, con la que comparten ilusiones e inquietudes y porque su función social consiste en vigilar que éstas no sobrepasen nunca a aquéllas, los periodistas encarnan, podríamos decir que por obligación profesional, a la vanguardia del mundo tal como se va volviendo. Como la educación espectacular no pone en los sesos mucha variedad, su adhesión activa les permite de ordinario presentir bien el aire de los tiempos, mostrarse perspicaces con los "fenómenos de sociedad" y plantear diagnósticos donde todo el mundo se reconoce: es la falsa conciencia que se examina y habla consigo misma; y es lo que, en circunstancias imprevistas, les permite encontrar "en caliente" explicaciones plausibles y representaciones que no perturban la subjetividad media, sino que incluso la mejoran. De todas formas, la sociedad actual no les emplea para otra cosa. Respecto al tema podemos notar el carácter particularmente formador del izquierdismo: los periodistas que, de jóvenes, se bañaron en sus irreales declamaciones, ahora tienen la oportunidad de reciclar sus sortilegios y el modo de procurar que tomemos sus deseos por la realidad (en particular, Le Guilledoux en *Le Monde*, quien durante unos días logró que las páginas de este periódico pareciesen las de una publicación obrerista de los años setenta). La bella espontaneidad de la cosa, la "sinceridad" subjetiva de estos mediáticos —es decir, el hecho de que, en calidad de nuevo personal trepando en la profesión, los haya formado una época avanzada en el disimulo, la autoilusión y el fanatismo del consenso— ha dado a la operación un carácter auténticamente moderno, consistiendo en la desposesión de la gente del sentido de su acción no solamente calumniándola,

sino magnificándola. Recordemos esa especie de alborozo que flotaba los primeros días sobre tanto desorden: al suspenderse inopinadamente la rutina de la vida programada, de súbito, la gente experimentaba esa clase de intensidad que da el tiempo vivo. Sin duda, muchos fueron al trabajo como pretexto para pasar por en medio de todo el trajín, conocer la impresión que causaba y compartirla: el pasmo de vivir en un mundo con horizontes, fuera de las representaciones. La desposesión de esa peligrosa sensación de si mismos comenzó inmediatamente. Y el espectáculo produjo en tiempo real ese tipo de representación de convivencialidad¹⁰ ante la cual no cabe ya otra cosa que ser sino sus consumidores, a los que se felicitaba por su valentía y desenvoltura, por la generosidad con la que se ayudaban mutuamente y sostenían a los huelguistas, por su buen humor y por su sentido de la responsabilidad. Y de hecho, esta suerte de represión laudativa consiguió envolver en una niebla unánimista de buenos sentimientos la mera inteligencia de las posibilidades, menos eufóricas, y de las realidades, más ásperas; incluso los sindicatos nos dispensaron de la cantinela sobre los "incontrolados", a propósito de los actos ilegales de los huelguistas. Todo esto, en el estilo de esa nueva técnica de dirección llamada "femenina", anunciada como "del futuro", y que se define así: *"¿De qué se trata? (...) de un modelo en el que la fuerza física y el poder material darían paso a la fuerza moral y al carisma afectivo y espiritual; donde el espíritu de agresividad y de competición desaparecería en provecho de la cooperación, de la asistencia, y donde el respeto exclusivo a la autoridad imperativa se cambiaría por otra forma de autoridad más incitativa, menos autoritaria, más persuasiva, de guante blanco (...) La dirección ad hoc será mas bien animadora, catalizadora, pondera Mike Burcke, poniendo fin a las habituales imposiciones. El manager del mañana, el que consiga que trabajen juntos los asalariados, no estará en la cúspide de la pirámide jerárquica, sino en el centro"* (Le Monde, 6 de febrero de 1996).

Ahora bien, un método represivo como éste únicamente funciona porque nadie olvida que existe otro, más clásico, en permanente disposición: "Vigipirate" estaba allí¹¹, patrullando en segundo plano y en las segundas intenciones de los consumidores del ambiente festivo, que trataban de creerse

¹⁰ *Convivencialidad.- Estado de camaradería festiva y satisfecha, del estilo "todo el mundo es bueno", como en un convite. Concepto popularizado por el pedagogo pacifista Ivan Illich.*

¹¹ *"Vigipirate". Plan de zonificación militar-policial montado el 8 de septiembre de 1995, cuando los atentados atribuidos a los islamistas, que apunta al "refuerzo de los controles de los establecimientos de cualquier naturaleza abiertos al público", y a la "vigilancia discreta del público"; el plan nunca se suspendió, sino que, á contrario, fue reactivado en septiembre de 1996 y continúa en vigor. A resaltar las semejanzas con el plan de vigilancia con videocámaras de las principales ciudades vascas, usando como pretexto las manifestaciones abertzales (Proyecto de Ley de Videovigilancia Ciudadana)".*

este "Mayo virtual". A medida que el movimiento retrocedía, se identificaba con el ambiente de manifestaciones sonorizadas hasta llegar a ser lo mismo; y en el desfile final se pudo ver cómo los altavoces sindicales anunciaban triunfalmente las cifras de participación dadas por la televisión, que difundía en directo las imágenes de esta marcha hacia ninguna parte, y cómo los manifestantes se ovacionaban unos a otros como "haciendo la ola" típica de los grandes eventos deportivos (los cuales, surgidos con el totalitarismo moderno, prosperan junto a él en mundovisión). Tal como apunta Michelet en *La Bruja*, la Edad Media perdió las ganas de vivir en el estado de anorexia mental impuesto por la Iglesia: *"Un método infinitamente sencillo dispensaba del razonamiento, dando a todos la cómoda cuesta abajo donde no cabía sino rodar. Si el credo era oscuro, en cambio, la vida estaba completamente trazada en el sendero de la leyenda. La primera palabra, la última, fue siempre la misma: imitación"*.

Los nuevos amos de hoy, después de tanto progreso sin que haya desaparecido la desesperación, han conservado el método, y de la palabra "imitación", solamente el sentido de fraude. Pasado el peligro, los consejos de Chirac a los prefectos —gobernadores civiles— (estilo "tranqui troncos", *Le Canard Enchaîné*, 29 de noviembre de 1995) así como sus instrucciones para dejar manifestarse a la gente (*"Es necesario que la sociedad respire"*) cobraban plenamente su significado.

24

Y hasta el último de los diputados celebraba el asunto: *"Esta revuelta es una especie de sana terapia (...) Existe en las manifestaciones una forma de expresión colectiva, de comunión, como en ninguna otra parte. También son una fiesta, han dado una bocanada de oxígeno al país"* (*Le Monde*, 17-18 de diciembre de 1995). El arranque de rebelión se contentaba a marchas forzadas con las magras consolaciones de la parodia. A semejanza de las misas caritativas donde se compran indulgencias, la ilusión de la generosidad, allá donde se consumía la ilusión de la unidad combativa ("Todos juntos")¹². De este modo, estas "jornadas de la solidaridad", en el curso de las cuales se redescubrían, al decir de los periodistas, convivencialidad y relaciones humanas calurosas ("La palabra se suelta en una atmósfera casi festiva: el sentimiento de vivir un momento de excepción hace que caigan ciertas barreras sociales", *Le Monde*, 9 de diciembre de 1995), eran como una máscara gesticulante pegada a la sórdida obligación de tener que ir a trabajar a pesar de todo, a pie, en bicicleta, con patines o en autostop. Puesto que si los empleados públicos tienen algo que se asemeje a un "privilegio" —seguramente arcaico y digno de ser abolido

¹² *"Tous ensemble"*, eslogan incansablemente repetido que al paso del tiempo se convirtió en el leitmotiv de los manifestantes.

por la modernidad junto con el privilegio de tener más o menos asegurado el futuro—, éste es la posibilidad de hacer huelga, prácticamente perdida por todos los demás, merced a la presión de la precariedad, de los contratos de duración limitada, de la atomización, de la flexibilidad: "*Van al trabajo cagados de miedo*", llegará a decir un patrón (*L'Usine Nouvelle*, 14 de diciembre de 1995); pero quienes votaban con los pies contra la generalización de la huelga, recibían en compensación la posibilidad de admirar su docilidad transformada en heroísmo, y hasta en energía lúdica, en el espejo mediático. La famosa "huelga por poderes"¹³ ha tenido algo de cascada de representaciones muy en el espíritu de la época: los expertos-intérpretes del movimiento social (incluso Morin y Touraine¹⁴ fueron sacados del panteón); los ferroviarios transformados en vedette colectiva tipo los «campeones del ayuno», cuyo martirio suele dar suspense a otras huelgas llamadas de hambre; los simpáticos no huelguistas bien llenos de entusiasmo platónico, etc. El surtido ad hoc de personajes típicos llegó a la cima de lo absurdo: el huelguista, el usuario, el no huelguista, el consumidor, el encuestado, el ahorrador, el automovilista... Mientras el huelguista se manifestaba, el no huelguista hacía huelga por poderes pero, en tanto que usuario, era víctima heroica, mientras que el consumidor ponía mala cara, y el ahorrador se inquietaba, el automovilista compartía el coche, el encuestado dudaba...

Por eso, retrospectivamente, la visión de los embotellamientos paralizándolo la totalidad de la capital y la del hormiguero humano corriendo en todas direcciones al caer la noche, induce a pensar menos en un recreo colectivo que en una manifestación de masas donde los individuos se han visto obligados a participar para afirmar su adhesión indefectible al trabajo alienado y demostrar su "lealtad ilimitada, incondicional e inalterable" al movimiento sin objetivo de la economía. Quien no lo hiciera levantaría sospechas; lo pondrían en la lista. Que quienes se divirtieron hasta el fin con esta humillación y se identificaron con la imagen enérgica impuesta, al parecer, hayan sido numerosos, nada dice contra la observación anterior; pero sí que dice algo sobre el aburrimiento y la pobreza que componen la "felicidad

¹³ "*Grave par procuration*", término forjado por los periodistas para explicar la connivencia de la gran mayoría de la población con los huelguistas, aunque ello no fuera óbice para sumarse a la huelga, dando a entender que los huelguistas habrían recibido el mandato de llevar a cabo un conflicto ejemplar en nombre de toda la sociedad. En efecto, numerosos huelguistas creyeron que actuaban realmente "por poderes".

¹⁴ Edgar Morin y Alain Touraine. Sociólogos, pensadores de izquierda modernistas, denunciados como recuperadores y confusionistas ya en 1968. En España, el segundo es asiduo colaborador de *El País* y ciertamente valorado como argumentador del fariseísmo democrático.

moderna", para que un disfuncionamiento imprevisto de la maquinaria social se transforme en la feliz sorpresa de un momento de vida intenso, de una aventura sin riesgos: nadie ignoraba que muy pronto las cosas volverían a su cauce.

Los "asalariados con derecho a huelga" volvieron a su "curro" y los medios de comunicación cambiaron de registro: tras el sociable unanimismo de los manifestantes defensores del servicio público fue el turno de los salvajes de la abundancia. La cámara enfocó las escuelas con el fin de encontrar entre sus habituales, a los más impacientes en representar el papel de la pura brutalidad, contra la cual hay que defender urgentemente el Estado de derecho. Y de este modo, la violencia, que nadie supo ni quiso emplear en la lucha colectiva, volvía sin sentido como amenaza aterrorizadora contra la muchedumbre atomizada.

V. Regresión

Esta sociedad de la abundancia de penurias encomia el estadio acéfalo de su modernización y pregunta si acaso nos gustaría ser una región del Tercer Mundo, somnolienta y caduca, desarrapada, una especie de Bulgaria, en lugar de dirigirse hacia el descubrimiento de nuevas sensaciones y de la increíble autoplentitud que el hipercapitalismo, con sus tecnologías punta, nos tiene reservado. (A lo cual sería menester contestar que, entre las dos cosas, escogemos sin dudar la vía del atraso: allí al menos la vida conserva trazos de humanidad, como ya saben los turistas que visitan aquellos países por eso; y también la autarquía, que preferimos a nivel provincial más que a nivel mundial, porque es más cómodo.) Pero se trata solamente de un formulismo porque en realidad no tenemos elección; la cuestión quedó resuelta con lo peor de cada lado: la esterilidad de la vida sintética y los antibióticos ineficaces, la descomposición social y las carencias de alimentos, el teletrabajo y los baños de sangre.

Todo el mundo constata que hoy se vive peor, en todos los conceptos, que tan sólo hace veinte años. Todo el mundo ve que a nuestro alrededor el universo se encoge y se deteriora más rápidamente de lo previsto: la pesadilla que cobardemente pensábamos legar al buen hacer de posteriores generaciones se concreta ante nuestra mirada. A todo el mundo le resulta deprimente pensar en ello; por eso, muy oportunamente, nos incitan a no pensar: "El futuro es una vieja idea, hay que inventar el presente", anuncia una multinacional de la felicidad eléctrica, encargada de proporcionar todos los accesorios necesarios para el disfrute de este falso presente desembarazado de futuro, viejo horizonte de las existencias serenas de antaño. Pero para esta vida instantánea hacen falta otras instrucciones de uso, una nueva *doctrina de la vida justa* que bien nos quieren enunciar:

"Sea como sea, los menores de veinticinco años —y ahora, progresivamente, los menores de treinta años— están condenados en masa a la precariedad, cuyo aprendizaje realizan dentro y fuera de los programas públicos. En negativo, están abonados a todas las formas atípicas de empleo, desde las misiones del trabajo intermediario a los contratos de duración limitada y, por supuesto, pasando por los cursos de formación. Los contratos, si se producen, suponen eternos períodos de prueba. Poco a poco, los jóvenes se acostumbran a la precariedad, sinónimo de 'mal rollo'. En positivo, adquieren involuntariamente una auténtica capacidad de gestión de la inestabilidad y acaban por controlar la incertidumbre, llegando a preferir los 'pequeños curros' a las diversas fórmulas de tratamiento social, consideradas zonas de aparcamiento. Actuando de esta forma, dan muestras de lucidez y de confianza en el

momento, aprendiendo a vivir sin saber qué sucederá mañana. De este modo, experimentan las maneras de usar el futuro que prefiguran situaciones menos seguras, más flexibles e inciertas. Pero aunque este iniciático y doloroso recorrido les llevara a la posición de labrarse un porvenir partiendo de esas bases, las encuestas también dicen que los mismos jóvenes dejan para después el deseo de instalarse en la vida y el objetivo de un empleo estable, con la idea de hallar los surcos de los padres y los modelos de entonces. Al creer que se trata de un paréntesis, esperando el retorno de un mundo mejor, pero pasado, puede que arruinen la única posibilidad de salida que tienen. Serían los únicos que podrían y sabrían deducir los modos de organización social de mañana partiendo de todo ese 'mal rollo' que tan bien conocen.” (Alain Lebaube, en Le Monde, 25 de octubre de 1995)

Veamos en qué paisaje y bajo qué dominio señorial se desarrollará esta vita nuova:

“Lo que han barrido no ha sido Europa, sino una cierta manera de pensar el orden social (...) un capitalismo totalmente nuevo está a punto de surgir (...) un capitalismo global que modificará profundamente el papel de los Estados y naciones en el mundo. Un capitalismo impulsado por fuerzas nuevas de donde emergerá una nueva elite y en donde serán proletarizadas el conjunto de las clases tradicionales (...) pronto no quedará en lugar de los asalariados sino un vasto proletariado desclasado (...) una superclase triunfante flotará sobre las aguas fangosas de la miseria y el precio del éxito de unos pocos se pagará con la marginación de la mayoría y con la violencia de los desclasados.

28

Les gusta crear, gozar, moverse; no se preocupan en dejar herencia o poder a sus hijos. Cada uno a lo suyo. Ricos, por añadidura, viven lujosamente, a menudo sin pagar lo que consumen. Son portadores de lo mejor y de lo peor del mañana, instalando una sociedad volátil, despreocupada del futuro, egoísta y hedonista, en el sueño y la violencia.” (Jacques Attali, "La superclase", en Le Monde, 7 de marzo de 1996).

Pero los mismos valores de la vida desquiciada son propuestos a todos, tanto a señores como a pordioseros:

“Hay que imaginar algo más que un programa político, una revolución cultural: la aceptación de lo nuevo como buena noticia, de la precariedad como valor, de la inestabilidad como urgencia y del mestizaje como riqueza, la creación de esas tribus de nómadas, adaptables sin cesar, liberando mil energías y portadoras de originales solidaridades.” (Ibid.)

Bajo el reino de la economía hay que aprender a vivir sin saber cómo será el día de mañana, y abandonar la esperanza de que sea mejor. Nada será definitivo pues el propio funcionamiento de la maquinaria de mercado es una destrucción infinita que nunca llega a una forma estable, a un resultado. La inestabilidad de todo, la ausencia de la menor seguridad respecto al porvenir, el fin de las ilusiones de una vida con garantías, ahora todo ello yace en el fondo de la existencia ordinaria. Cuando la unidad del movimiento, sin el que no hubiera habido lisa y llanamente civilización, se deshace —movimiento que quería en un tiempo asegurar la protección de los suyos y echar para adelante— la necesidad de protección permanece, y también la regresión que conduce a los dirigentes a la instauración de un "estado de excepción" permanente, mientras empuja a los dirigidos al fondo de la caverna catódica. La invocación de las insípidas promesas de la época del "Estado de bienestar", como si de una edad de oro se tratase, y la reclamación por parte de la supervivencia"¹⁵, de un Estado más protector, ilustran bastante bien la miseria moderna, pero nada dicen de lo que realmente está por llegar. Precisamente, lo que afloró el mes de diciembre fue el sentimiento, censurado por la rutina en tiempos normales, de que el pasado ya no esclarece el porvenir, y de que, sencillamente, nadie sabe lo que va a pasar; dando por sentado que del caldero brujeril del capitalismo puede salir cualquier cosa, sobre todo si es mala.

Los príncipes encantados de la publicidad se han transformado en sapos, y los sapos están a punto de mutarse en otra cosa nueva bajo el sol. Se cierra el paréntesis de la euforia mercantil, de la felicidad asegurada y de la integración para todos. Y se extiende la idea de que el capitalismo, tras destruir todo lo que hasta hoy daba sentido a la vida humana, nos ha conducido al borde del abismo, aunque sin parar de invitarnos a "dar un gran salto hacia delante".

La algarabía mediática no abunda en el tema, y con él hay que vivir a partir de ahora, triste verdad que todos quisieran olvidar, hiel que envenena cada satisfacción que la economía propone; pero la pérdida inocencia ya no volverá y puede que la dominación social no la necesite para asegurar la sumisión de la gente: en ese mundo completamente descompuesto donde pronto vamos a encontrarnos, donde se extinguirá cualquier idea de futuro, la dominación tendrá protección y consignas de un interés inmediato y vital para ofrecer al miedo a cambio de obediencia. Pero, entre tanto, necesita que la modernización de la vida social continúe según las exigencias del mercado

¹⁵ *Supervivencia.*- "La supervivencia es la vida reducida a los imperativos económicos. La supervivencia es hoy, por lo tanto, la vida reducida a lo consumible" (*Traité chi savoir vivre*).

mundial, lo que por unos años será tarea delicada de cara a una población tan desencantada: para mantener su pasividad necesitará registrar en imágenes tremendas los desórdenes que ya tiene a mano, nada despreciables por cierto. Y esto es lo que deben de pensar los partidarios de la unificación del mercado, tierra prometida donde las leyes de la economía serán como un estado natural de la población, ya que no proponen exactamente nada a cambio de la pérdida de todas las garantías con las que se compraba la sumisión. Como no lo van a hacer por honestidad, y de hecho nada han de traer de agradable ni les faltan mentiras plausibles que proferir —cualquier ilusión dilatoria bastaría—, lo harán porque consideran que ya no vale la pena; que el presente se ha vuelto tan horripilante que ya no hace falta llevar a la gente de ilusión en ilusión; y que la economía autonomizada, emancipada no sólo de cualquier finalidad humana sino de cualquier necesidad de justificación o pretexto, ya puede hablar por sí misma sin precauciones del lenguaje, y decir: "Yo seré quien seré". Como si —al no interponerse nada entre ella y las masas humanas atomizadas— la dominación social pudiese divulgar a partir de ahora que no tiene otro fin que sí misma, que el progreso no es otra cosa que el volver irreversible la alienación que da felicidad a la vida, frente a lo cual todo lo demás —la especie humana y su historia, la vida terrestre— es insignificante y sin valor. Es absurdo, inútil e incluso muy estúpido querer todavía razonar la economía descontrolada sacando a colación que destruye, aparte de la naturaleza, la sociedad del género humano; precisamente es ése su objetivo: ser para el ganado humano una totalidad de la que no pueda ni siquiera soñar salirse. Como hay que carecer de inteligencia para creer que del cableado informático pueda nacer un contrapoder a la hegemonía nefasta del racionalismo que reina mediante el ordenador. Por otra parte, las utopías del progreso mercantil "con rostro humano", pobladas de ciudadanos-consumidores responsables, son tan lúgubres, fastidiosas y beatificantes que casi preferiríamos un cataclismo sensacionalista; pero la cuestión ni siquiera se plantea, por la sencilla razón de que el cataclismo de la mutación climática ha comenzado y de que el telón se levanta sobre un mundo nuevo de condiciones totalmente inéditas, del que nada nos pueden decir las máquinas de la razón instrumental:

"Lester R. Brown, presidente del Worldwatch Institute de Washington, el principal centro internacional de investigación de los problemas del medio ambiente, está inquieto. Después de más de veinte años de observación de las consecuencias de la actividad humana sobre el equilibrio natural, estima que la crisis ecológica está llegando a un punto sin retorno: la oferta mundial de recursos naturales, fundamento de la actividad económica y de la estabilidad social del planeta, ya no permite satisfacer la demanda de las poblaciones, particularmente en lo que concierne a productos

alimenticios. 'Desde ahora, la guerra entre el hombre y la Tierra ha empezado', ha declarado." (Le Monde, 27 de febrero de 1996)

Todo consiste en saber si la supervivencia colectiva tendrá lugar de acuerdo con el modo disciplinar de una movilización total prorrogada indefinidamente, garantizando una especie de perpetuidad a las clases dirigentes —al tiempo que cada nuevo desastre pruebe ante las gentes la necesidad de la dominación organizadora, con el fin de dirigir esta guerra de secesión entre la humanidad y la naturaleza—, o si será la obra de una humanidad emancipada del fatum económico y de sus jerarquías irresponsables, luchando por su propia causa, es decir, por salvar las bases biológicas de la vida terrestre. Sin duda, esta alternativa parecerá ingenua o demencial a los que se creen protegidos de la descomposición del mundo real por los programas de simulación de la realidad virtual, que afirman que todo marcha bien. En cuanto a los demás, colma su aislamiento y su impotencia ante la aplastante objetividad de lo que existe, de la rapidez del curso catastrófico de las cosas, de la anomia¹⁶ social en la que ven a los individuos disolverse; así les invita a escapar de esta aciaga sociedad y a limitarse a sí mismos dentro del círculo de sus goces privados.

Sin embargo, sabemos que en un mundo tan desastrosamente unificado nadie se puede salvar solo; no ya por la razón de que no quedan sitios donde esconderse ni ninguna forma de guarecerse, sino porque no serviría de nada: es necesaria la sociedad del género humano para ser feliz. Por lo tanto, no hay más remedio que salvarla; pero por dónde empezar. Digamos que hay que empezar por salvarse uno mismo; que tenemos para con nosotros la obligación de desengañarnos de todas las credulidades de la vida moderna, de sus falsos placeres y de sus sucedáneos, de sus pretendidas necesidades y de sus representaciones engañosas que nos confunden y nos pierden; que no se trata de un austero deber sino de todo lo contrario, que deleita bastante conocer la contradicción entre el espíritu propio y la nada de esta vida mimética, vida vergonzante siempre y a menudo ridícula, aparte de adulterada y de que ni tan solo vive. Y sería rarísimo que otros músicos cantores de Bremen no fuesen encontrados compartiendo su interesante secreto: siempre hay algo mejor que la muerte. De donde se podrá verificar la validez de aquella otra máxima que puede llevarnos lejos, incluso a la idea de lo que por fin sería posible vivir: "a los hombres no les limitan mas que sus opiniones".

Encyclopédie des Nuisances, marzo de 1996

¹⁶ *Anomia.- Estado social en el que la confusión y la mutua contradicción de las normas existentes crean una grave desorientación en la conducta de los individuos.*

